

esta Abandonóse la carreta de huesos por demasiado lenta, y el Tirano, libremente pagado por el marqués, alquiló una mayor tirada por cuatro caballos para conducir la compañía y sus bagages. Leandro y Zerlina se levantaron tarde, por razones que no hay necesidad de indicar, sólo que uno tenía el semblante doliente y lastimoso, aunque intentaba hacer de tripas corazón, y la otra se veía de ambición satisfecha. Después de haberse mucho tiempo antes sus compañeros, y la Duquesa, en una gran sala, se acercó á ella con una obsesiva y envidiosa mirada que jamás le había demostrado. El intriga, á quien nada le pasaba por alto, notó que la mala de Zerlina por algún sortilegio mágico pesaba el doble. Seráfica se mordió los labios murmurando palabras que la Doncella fingió no oír, contenta de la humillación de tan gran codicia. En el momento en que se iba á ir, un criado de la casa le entregó un paquete, y él se apresuró á abrirlo, y al ver el contenido se quedó como un muerto. Por fin conocióse la carreta, y abandonaron el hospitalario castillo de Bruyeres, con sentimiento de todos, excepto de Leandro, que siempre se acordaba de los días de su vida. El Tirano pensaba en las pistolas que había recibido; el Podente, en los excelentes vinos de los que se había abreviado á sus anfitriones; Matamoros, en los aplausos que se le habían prodigado; Zerlina, en las piezas de tafetán, en los cordones de oro y otros regalos; Sigogno, en el saber no pensaban más que en su amor, y contentos de hallarse uno al lado del otro, ni aun volvieron la cabeza para dirigir una posterior mirada á los azules tejados y á las rojizas paredes del castillo. Pero, para no ser descubiertos, se esforzaron en disimular, pero al salir el marqués se volvió á mirar atrás.

El día siguiente, la compañía hizo sus preparativos de mar-

CAPÍTULO VI.

EFFECTO DE NIEVE.

Como puede suponer el lector, los cómicos estaban satisfechos de su estancia en el castillo de Bruyeres. Tan inesperados provechos no les llovían á menudo en su vida nómada; el Tirano había distribuido á cada cual la parte que le correspondía, y todos removían con voluptuosa titilación de dedos algunas pistolas en el fondo de bolsillos acostumbrados á servir casi siempre de posada al diablo. Zerlina, presa de alegría misteriosa, y contenida, acogía de buen humor las pailas de sus compañeros sobre el poder de sus encantos, y provocaban su risa las palabras que Seráfica le dirigía con el sano intento de hacerla rabiar. Tan sólo Leandro, avergonzado aun por la paliza nocturna que recibiera, no parecía compartir la alegría general, bien que afectaba sonreír, aunque su sonrisa no le pasaba de los dientes. Sus movimientos eran violentos, y los varones del vehículo le arrancaban de vez en cuando muecas significativas. Cuando juzgaba que no le miraban, se frotaba con la palma de la mano hombros y bra-

EFEECTO DE NIEVE.

CAPÍTULO VI.

EFEECTO DE NIEVE.

Como puede suponer el lector, los cómicos estaban satisfechos de su estancia en el castillo de Bruyeres. Tan inesperados provechos no les llovian á menudo en su vida nómada; el Tirano habia distribuido á cada cual la parte que le correspondia, y todos removian con voluptuosa titilacion de dedos algunas pistolas en el fondo de bolsillos acostumbrados á servir casi siempre de posada al diablo. Zerbina, presa de alegría misteriosa y contenida, acogia de buen humor las pullas de sus compañeros sobre el poder de sus encantos, y provocaban su risa las palabras que Serafina le dirigia con el sano intento de hacerla rabiarse. Tan sólo Leandro, derrengado aun por la paliza nocturna que recibiera, no parecia compartir la alegría general, bien que afectaba sonreír, aunque su sonrisa no le pasaba de los dientes. Sus movimientos eran violentos, y los vaivenes del vehículo le arrancaban de vez en cuando muecas significativas. Cuando juzgaba que no le miraban, se frotaba con la palma de la mano hombros y bra-

zos; disimuladas maniobras que podían engañar á los demás cómicos, pero que no escapaban á la maliciosa penetración del Intrigante, siempre al acecho de los descabros de Leandro, cuya fatuidad le era de todo punto insoportable.

El choque de una de las ruedas contra una piedra bastante grande que el conductor no había visto, hizo exhalar al galán un ¡ay! de angustia y de dolor, de lo que el Intrigante tomó pie para entablar la conversacion fingiendo compadecerle.

—¿Qué tienes pues, Leandro, que gimes y te lamentas de esta suerte? Parece que estás molido como el caballero de la Triste Figura, cuando hubo hecho aquellas cabriolas en las entrañas de Sierra Morena por penitencia amorosa, á semejanza de Amadis de Gaula sobre la Peña Pobre. Cualquiera diría que tu cama, mas que con colchones mullidos con sus correspondientes frazada y almohadas, estaba hecha con palos cruzados, más á propósito para quebrantar los miembros que para proporcionarles reposo, tan abatido tienes el semblante, tan enfermizo el color y tan amaratados los ojos. De todo lo cual parece deducirse que el señor Morfeo no te ha visitado esta noche.

—Morfeo puede haberse quedado en su caverna, pero el pequeño dios Cupido es un rondador que no necesita de linterna para saber dar con una puerta en un pasillo,—respondió Leandro,—esperando desviar las sospechas del Intrigante su enemigo.

—Yo no soy mas que un escudero de comedia, y por lo tanto no sé jota de achaque de aventuras galantes. Jamás he hecho el amor á beldad alguna; pero sé lo bastante para no ignorar que el dios Cupido, según los poetas y novelistas, se sirve, para herir, de sus flechas y no del palo de su garco.

—¿Qué quereis decir,—se apresuró á interrumpir Leandro, inquieto del giro que tomaba la conversacion,—con esas susceptibilidades y deducciones mitológicas?

—Nada, sino que tienes ahí en el cuello, un poco más ar-

riba de la clavícula, á pesar de que te esfuerces en ocultarla con tu pañuelo, una raya negra que mañana será azul, pasado mañana verde, y luego amarilla, hasta que se desvanezca tomando el color natural, raya que parece endiabladamente la rúbrica de un garrote trazada sobre una piel de becerro ó sobre un pergamino, si te agrada más el vocablo.

—Sin duda,—respondió Leandro, que de pálido se había vuelto rojo hasta el dobladillo de las orejas,—será alguna beldad muerta, enamorada de mí en vida, que me habrá besado en sueños mientras yo dormía. Los besos de los muertos imprimen en la carne, como todos sabemos, contusiones de que uno se admira al despertar.

—Esa beldad difunta y fantástica viene á pelo,—respondió el Intrigante;—pero yo habría jurado que ese vigoroso beso había sido aplicado por los labios de una tranca verde.

—Maldito burlon y enjarretador de pullas,—dijo Leandro,—hareis que dé al traste con mi modestia. Púdicamente atribuyo á muertos lo que con mejor derecho podría ser reivindicado por los vivos. Ignorante y rústico como finjís ser, habeis sin duda oído hablar de esas bonitas señales, manchas, contusiones, huellas de dientes, recuerdo de los locos pasatiempos á que los amantes tienen por costumbre entregarse.

—*Memorem dente notam*,—interrumpió el Pedante,—contento de citar á Horacio.

—Juiciosa me parece la explicacion,—respondió el Intrigante,—y apoyada en autoridades respetables. Sin embargo la señal es tan larga, que esa beldad nocturna, muerta ó viva, debía de tener en la boca ese diente único que las Gorgonas se prestaban alternativamente.

Leandro, arrebatado de cólera, quiso arrojarle sobre el Intrigante y darle de cachetes; pero el dolor de sus acardeñados miembros fué tan vivo, que volvió á sentarse, aplazando su venganza para mejor ocasion.

El Tirano y el Pedante, acostumbrados á tales pendeñias, que les provocaban la risa, les pusieron en paz.

El Intrigante prometió no hacer más alusion al asunto, y dijo:

—De mis conversaciones quitaré la madera bajo la forma que fuere, sea con corteza, sea cepillada.

Durante este curioso altercado, la carreta no habia cesado de andar, y pronto llegaron á una encrucijada. Una grosera cruz de madera hendida por el sol y la lluvia, con un Cristo uno de cuyos brazos se habia desprendido del cuerpo y pen- dia siniestramente sostenido por un enmohecido clavo, se elevaba sobre un otero de césped y señalaba las ramifica- ciones de cuatro caminos.

Un grupo compuesto de dos hombres y de tres mulas es- taba detenido en el cruce de aquellos y parecia aguardar á alguien que debia pasar.

Una de las mulas, como impaciente de estar inmóvil, sa- cudia su cabeza engalanada de plumas y borlas de todos co- lores, produciendo un argentino ruido de cascabeles. Aun- que anteojeras de cuero bordadas le impidiesen mirar á derecha y á izquierda, habia sentido la aproximacion del vehículo; las nutaciones de sus largas orejas atestiguaban una curiosidad inquieta, y su hocico se arremangaba descu- briendo sus dientes.

—La coronela ¡mueve sus cornetillas y muestra sus en- cías,—dijo uno de los hombres;—la carreta no debe an- dar léjos.

En efecto, el carro de los cómicos llegaba á la encruei- jada: Zerbina, sentada en la delantera, lanzó una rápida mirada sobre el grupo de hombres y bestias cuya presencia en aquel sitio pareció no sorprenderla.

—¡Vive Dios! hé ahí un magnífico equipo;—dijo el Ti- rano,—las mulas son de España, de buena estampa, y harán bien sus quince ó veinte leguas por jornada. Si nosotros an- dásemos montados así, pronto llegaríamos á Paris. ¿Pero á quién diablo aguardarán en este sitio? Sin duda es algun relevo preparado para un señor.

—No,—repuso la Dueña,—la mula está enjaezada con cojines y gualdrapas como para una mujer.

—Entonces,—dijo el Tirano,—es un rapto que se prepa- ra, pues esos dos escuderos de cien librea tienen el as- pecto muy misterioso.

—Quizás,—respondió Zerbina con sonrisa de expresion equívoca.

—¿Estaría acaso entre nosotros la dama?—repuso el In- trigante;—uno de los dos escuderos se dirige hácia la carre- ta, como si quisiese parlamentar antes de usar de violencia.

—¡Oh! no habrá necesidad,—añadió Serafina lanzando á Zerbina una mirada desdeñosa que esta sostuvo con impúdi- ca tranquilidad;—hay buenas voluntades que se arrojan por sí mismas en brazos de los raptores.

—No es robada toda la que quiere,—replicó la Doncella;— el deseo no basta, se necesita además agradar.

Llegaban aquí de la conversacion, cuando el escudero, haciendo seña al conductor de que detuviese los caballos, pi- dió con gorra en mano si la señorita Zerbina se hallaba en el vehículo.

Esta, viva y lista como una culebra, sacó su pequeña y morena cabeza fuera del toldo y respondió por sí misma á la pregunta; luego saltó en tierra.

—Estoy á sus órdenes, señorita,—dijo el escudero con to- no galante y respetuoso.

Zerbina se compuso las sayas, pasó el dedo al rededor de su corsé, como para dar desahogo á su pecho, y, volviéndose hácia los cómicos, les espetó con el mayor desenfado la si- guiente arenga:

«Mis queridos compañeros: perdonad si os abandono de esta suerte. A veces la ocasion os obliga á cogerla ponién- doos delante de las manos la mecha de sus cabellos, de mo- do tan oportuno, que seria insigne majadería no agarrarla con ambas manos, pues una vez soltada, no vuelve jamás. El rostro de la fortuna, que hasta el presente no se habia